

hablado de los nombres de la Eucaristía, hemos presentado sus bellas y radiosas figuras y hecho escuchar la voz imponente y augusta de los Profetas.

Nos acercamos ya al estudio del misterio y sus maravillas.

Debemos entonces contemplar en un solo cuadro los hechos que han pasado en el último día de la vida de Cristo y las circunstancias que han acompañado la institución de la obra más querida de su alma.

Aunque los acontecimientos que vamos á describir se realizaron en el espacio de algunas horas, como ellos son tan numerosos y el camino que debemos recorrer está sembrado de tantos prodigios, necesario es que los estudiemos separadamente.

Así, pues, dividiremos este estudio en dos partes: Preliminares de la Institución: Institución de la Eucaristía.

PRELIMINARES DE LA INSTITUCION.

JUEVES SANTO.

“Acercábase ya la fiesta de los Azimos, dice San Lucas, que es la que se llama Pascua, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas andaban trazando el modo de dar la muerte á Jesús.”

Este, después de haber concluido sobre la montaña de los Olivos un discurso en que había hablado á sus Apóstoles del juicio último y de la ruina de Jerusalén, les dice: Bien sabéis que de aquí á dos días, debe celebrarse la Pascua y que el Hijo del hombre será entregado á muerte de cruz.

Al mismo tiempo, agrega el texto evangélico, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo, en el Palacio del Sumo Pontífice que se llamaba Caifás, y tuvieron consejo para hallar medio como apoderarse con maña de Jesús y hacerlo morir.

Durante este concejo, en que la traición, el odio, la violencia y la astucia juntos deliberan la muerte del Justo, el Salvador estaba fuera de Jerusalén: había salido de allí la víspera de aquel día, ó sea el 13 del mes de Nisan, que en parte corresponde á nuestro mes de Marzo y en parte á nuestro mes de Abril, y no debía volver á la ciudad, sino para consumir su gran sacrificio.

La tarde y la noche de ese mismo día 13, que era miércoles, los pasó en la hospitalaria casa de Bethania, entre las conversaciones con Lázaro, los cuidados solícitos de Marta y las silenciosas adoraciones de María.

Lució la mañana del jueves, que debía ser el gran día de su amor.

Dijo, entonces, á sus discípulos: "Id á la ciudad en casa de tal persona y dadle este recado: El Maestro dice: Mi tiempo se acerca, voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos."¹

Hicieron estos lo que el Maestro les ordenaba y prepararon lo necesario para la fiesta.

Al caer de la tarde de ese día, púsose á la mesa con ellos y, al fin de la cena, tomó el pan

¹ Math. XXVI-18.

y lo bendijo, y lo partió y se los dió, diciendo: "Tomad y comed, este es mi cuerpo."

Jesús, por lo mismo, y así lo demuestran de un modo conteste y uniforme los cuatro documentos Evangélicos, instituyó la divina Eucaristía y celebró la Pascua en el día prescrito por la ley, en el mismo día que la celebraron los judíos, que fué el jueves 14 del mes de Nisan, —que corresponde, según las observaciones del Padre Didon, al 6 de Abril del año 783 de la fundación de Roma y 30 después del nacimiento de Cristo.

La elección de ese día, para la Institución del Augusto Sacramento de los altares, no carecía de misterio.

El día de la Pascua recordaba la memoria de dos acontecimientos, íntimamente ligados en la historia de los judíos.

Era el primero, el paso del ángel exterminador que había libertado á los Israelitas de la servidumbre egipcia.

Habíase verificado ese acontecimiento el día 14 del mes de Nisan, y, para perpetuar su memoria, estableció el legislador judío que esa fecha quedara consagrada, cada año, con la inmolación

conmemorativa del Cordero pascual que se comía con ciertas ceremonias, que la ley puntualizaba con escrúpulo y con detalle.

La solemnidad, sin embargo, de la fiesta, el gran día de la Pascua, se celebraba al día siguiente, es decir, el día 15 del mes de Nisan, que era el primero de los meses del año.

Era el otro, el ser el día de la Pascua, el primero de la fiesta de los Azimos, instituida para recordar que, al día siguiente del paso del ángel exterminador, la partida de los judíos había sido tan pronta, que el pan amasado la víspera, no había tenido tiempo de fermentar.

Así es que, al hacerse la Institución de la Eucaristía en la tarde del jueves, al ponerse el sol, cuando ya había comenzado la gran solemnidad de los judíos, quiso el Salvador del mundo dar cumplimiento á los vaticinios que esos hechos venían anunciando.

El era el cordero sin mancha, cuya sangre libertaba al hombre de toda servidumbre.

El era el pan del cielo que había de servir de alimento divino á la humanidad pecadora, en su tránsito por la tierra.

Se instituyó la Eucaristía á la hora en que todos los judíos comían el Cordero pascual.

Jesucristo, habiendo satisfecho así, por última vez, la ley promulgada por su Padre, abrogó, con toda la plenitud de su poder, la Pascua antigua y fundó la nueva, reemplazando la carne del cordero figurativo, por el don de su carne inmolada y de su sangre esparcida, para libertarnos de la muerte.

Instituyose la divina Eucaristía, cuando las sombras del Calvario comenzaban á extenderse sobre el cenáculo, y cuando la atmósfera de la pasión empezaba á envolver las últimas efusiones del corazón amante de Jesucristo.

Esta circunstancia respondía á tres grandes designios de la sabiduría del Verbo Encarnado.

Quiso el amante Salvador disminuir la pena de sus apóstoles, dejándoles su presencia sacramental, en el momento mismo en que la muerte iba á privarlos de su presencia humana; quiso mostrarles el subido precio del don que les hacía, pues que había esperado, para hacerlo, el momento más solemne, la hora postrera de la vida; quiso, en fin, atar con inrompible lazo su pasión y la Eucaristía, para que ésta fuese siempre la memo-

riade sus dolores, el recuerdo vivo de su agonía y de su muerte.

Así lo enseña Santo Tomás, con su pensamiento siempre luminoso, con su palabra siempre concisa.

El Salvador, en efecto, iba á separarse de sus apóstoles, á privarles de su presencia humana, de su compañía sensible, tan dulce y tan bienhechora.

¿No era, entonces, propio de su previsión y de su ternura, reemplazarla por su presencia Eucarística, á fin de que, si ya no lo podrían ver, encontrasen al menos en su posesión real en el Sacramento, una compensación de aquella presencia humana, tan familiar y tan encantadora para ellos; un consuelo en la ausencia que tan profundamente iba á contristarlos; un medio, en fin, de mantener su memoria y preservarla del olvido á que tienden, casi sin remedio, las inconstancias del corazón humano?

Jesús, por otra parte, era el único que comprendía la grandeza del presente que se proponía ofrecer al mundo.

Sentía que se agitaban en su corazón olas de ternura, y, permitiéndoles que se desbordaran, que-

ría poner, con el don de sí mismo, el colmo á sus beneficios, superándolos á todos.

Quiso hacernos apreciar la grandeza de ese don, su importancia, su precio inestimable.

Y como las últimas palabras de un ser querido se graban más profundamente en la memoria del que las recoge, y como los corazones en el momento de separarse es cuando más íntimamente se penetran, quiso Jesucristo esperar la hora de su separación, para hacer, de la prenda de su último adiós, el legado valioso de un testamento supremo.

El Salvador, en fin, iba á morir y á realizar su grande obra de redimir al hombre.

La fe en sus dolores, la esperanza en la efusión de su sangre, tenían que ser el fundamento de la redención humana.

Era, pues, preciso, que dejara á su Iglesia un memorial auténtico de su muerte y que los fieles, al celebrar los misterios Eucarísticos, quedasen en cierto modo obligados á anunciarla, hasta el fin, como se expresa el Apóstol.

He aquí por qué instituyó la Eucaristía, cuando había comenzado ya el día de sus dolores y de su muerte.

Las pocas horas que separaban la cena de la

muerte en la cruz, harían que no se pudiese jamás recordar la primera, sin traer á la memoria las angustias de la segunda.¹

“No nos acerquemos nunca á la Eucaristía, dice Bossuet, ni asistamos jamás á la celebración de este Misterio, sin trasladarnos en espíritu á la tristísima noche en que fué instituido.”

“Acostumbrémonos, agrega el gran Obispo de Meaux, al asistir al Santo Sacrificio, y más todavía al acercarnos al banquete Eucarístico, á despertar en nuestra memoria el amargo al par que dulce recuerdo de la muerte del Salvador.”

PREPARATIVOS DE LA PASCUA.

Había llegado el día de los Azimos, en el cual era necesario sacrificar el Cordero pascual.

Jesús, pues, envió á Pedro y á Juan, diciéndoles: Id á prepararnos lo necesario para celebrar la Pascua.

Dijeron ellos: ¿Dónde quieres que lo dispongamos?

Respondióles: Así que entréis en la ciudad,

¹ Tesnière. Predicación Eucarística.

encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidle hasta la casa en que entrare; y diréis al padre de familia de ella: El Maestro te envía á decir: ¿Dónde está la pieza en que yo he de comer el Cordero pascual con mis discípulos?

Y él os enseñará, en lo alto de la casa, una sala grande bien aderezada; preparad allí lo necesario.

Idos que fueron, lo hallaron todo como les había dicho, y dispusieron la Pascua.¹

¡Qué sencillez tan sublime! ¡Qué belleza tan encantadora!

Cada vez que se abren las páginas del Evangelio, se encuentran tan frescas, tan llenas de colorido, tan exuberantes de verdad y de vida, como se hallan puras y encendidas, frescas y lozanas, al abrir su cáliz, en cada mañana de primavera, las rosas nacidas á la orilla del Jordán, que embalsaman, con el blando aroma de su virginal esencia, el ambiente de sus riberas, el viento que acaricia la tranquila corriente de sus aguas.

Jesús, en el jueves 14 del mes de Nisan, cerca del medio día, *ante vel sub meridiem*, según la frase del más erudito comendador de las divinas

¹ Lue. XXII: 7-12.

Escrituras, envía á sus dos más amados discípulos, de Bethania á Jerusalén, para que preparen la Pascua, es decir, para que encuentren un lugar á propósito, sacrifiquen un cordero, lo hagan asar y dispongan todos los demás accesorios de la sagrada cena.

No podían escogerse preparadores más dignos de la Eucaristía, cuya próxima institución ignoraban entonces, pero que estaba en los designios del Maestro que con ese fin los enviaba á Jerusalén.

Pedro y Juan: el Moisés y el Arón de la nueva Ley.

Pedro es el jefe del Colegio Apostólico: Juan, el discípulo á quien amaba Jesús, y el primero de los hijos que adoptara en el Calvario la madre de la víctima.

En Pedro domina la fe: el amor, es la nota más saliente del carácter de Juan.

Al escoger á estos discípulos, revela, desde entonces Jesucristo, que la fe y el amor deben preparar á las almas, cuando venga á ellas, como á un cenáculo, para celebrar su pascua, en la comunión eucarística.

La fe allana los caminos; el amor embellece la morada.

La fe alumbra las sombras del misterio; el amor, con sus regaladas dulzuras, limpia el corazón y lo deleita y lo enciende.

Es la Eucaristía misterio de fe, por autonomía; es prenda de amor, por excelencia.

Y no sólo revelaba, desde entonces, que la fe y el amor eran las dos alas para subir hasta el tabernáculo en que mora la esencia divina con todos los encantos de su belleza, con toda la majestad de su poder, con todos los prodigios de su Sabiduría; sino que también preparaba á la inteligencia para ese acto de fe, que debía de ser absoluto y completo, presentando los motivos que fundara la creencia.

La fe no es un acto ciego: es un acto racional.

El cristiano cree, porque su razón lo lleva invenciblemente á la fe.

Jesús, al mandar á Pedro y Juan á Jerusalén, para que prepararan la Pascua, les habla como Profeta y como Maestro.

Al entrar en la ciudad, les dijo, encontraréis un hombre que llevará un cántaro, seguidle á la casa á donde vaya y decid al dueño de ella que os

muestre el departamento en que ha de celebrar el Maestro la Pascua con sus discípulos.

El, entonces, agregó Jesucristo, os presentará una sala espaciosa, un cenáculo adornado con esplendidez soberana.

El texto evangélico hace notar, que Pedro y Juan encontraron todas las cosas, como Jesús las había anunciado.

¿Quién, si no fuera Dios, podría precisar, de esta suerte, las circunstancias de un acontecimiento futuro? ¿Quién, si no fuera Dios, podría, como lo hizo Jesucristo, asegurar con tanta firmeza, que habían de encontrar en la ciudad todo lo que se necesitaba para la preparación de la Pascua?

El éxito respondió á la predicción.

El que llevaba el cántaro de agua no dejó de encontrarse en el lugar de la ciudad por donde ellos entraron, ni de ir á la casa que el Salvador había escogido.

El dueño de ella, que según una respetable tradición¹ era Juan Marcos, compañero de Pablo y Bernabé, en la predicación del Evangelio, les presentó una gran sala en la parte alta del edifi-

¹ Cornel. In Mat. 26. 18.

cio, convenientemente dispuesta y enriquecida con profusión de adornos y tapices.

¿Quién podría entonces poner duda en las palabras de Cristo?

¿Quién, al ver realizados con tanta exactitud acontecimientos sencillos pero futuros, no se rendiría después ante la voz augusta de Cristo, al anunciar la conversión del pan en su cuerpo y la del vino en su sangre preciosa?

¡Qué Providencia tan suave! ¡Qué sabiduría tan dulce y tan insinuante!

La profecía preparando el acto de fe en el misterio más amoroso, pero también el más escondido y el más oscuro.

La casa de Juan Marcos estaba situada en el monte Sión, en el lugar mismo en que estuvo colocada durante cuarenta años el Arca de la Alianza, en los tiempos de David y de Salomón.

Esa casa iba á ser la que guardara por vez primera el cuerpo de Cristo en la Eucaristía, arca de la alianza nueva, reducida á una sola ley, que es la del amor, y á un alimento más delicado que el maná, como es el pan divino, la esencia misma de Dios, en la forma de Sacramento.

Esta casa, consagrada por la celebración del

más santo de los misterios, se hizo propiedad de la naciente comunidad cristiana.

Bajo su techo se retiraron los apóstoles, después de la muerte de su Maestro.

Si durante los días del duelo, la Eucaristía consolaba á los desolados discípulos, esa casa fué sin duda su albergue y su tabernáculo.

Allí fué donde la Virgen abrigó su dolor á la vuelta del calvario, y allí fué donde ejerció más tarde la maternidad divina con que su Hijo la invistiera entre dolores sin nombre al pie de la cruz.

En el cenáculo, embalsamado todavía con los perfumes de la cena, fué donde el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles para alumbrar sus entendimientos y para encender sus almas.

Hacen notar los Santos Padres, que Jesucristo, tan amante á la pobreza, no quiso en esta ocasión aparecer pobre.

Quiso que para la Institución de la Eucaristía se preparase un cenáculo amplio, rico y esquisitamente adornado.

“Los cristianos, dice Bossuet,¹ aprendieron por este ejemplo, á decorar con lujo y magnificencia

¹ Meditaciones sobre el Evangelio.

los lugares consagrados á la celebración de este Misterio.”

Deben aprender igualmente, agrega, á prepararse ellos mismos á recibir dignamente á Cristo en la Eucaristía.

Deben disponerle, como una gran sala, su corazón dilatado por el amor de Dios y capaz de las más grandes virtudes y de los más grandes sacrificios.

Los apóstoles tomaron un cordero sin mancha y de menos de un año.

Pedro, haciendo ya desde entonces su oficio de Vicario de Jesucristo y de padre de la gran familia cristiana, sacrificó á la víctima; le quitó la piel, con ayuda de Juan, y ambos lo pusieron al fuego.

Jesucristo; entre tanto, había salido de Bethania y se dirigió á Jerusalén.

Entró al cenáculo al caer la tarde.

Comenzó la cena Pascual, al aparecer las estrellas en el firmamento.

Cristo aguardó la hora fijada por la ley.

En ese momento comenzó la cena que, principiando por el cordero figurativo, debía terminar por la manducación real del cordero divino.

LA PASCUA LEGAL.

El Salvador hizo con sus apóstoles, el Jueves Santo, una triple cena, una triple comida.

La cena ó comida del cordero pascual, en la que se tomaba la carne del cordero, con las yerbas prescritas por la ley.

Como el cordero era pequeño, porque debía ser primal, y los que habían de tomarlo diez, cuando menos, acostumbraron los judíos, para satisfacer su apetito, hacer inmediatamente después de la cena legal, otra cena compuesta de viandas comunes.

El Salvador se conformó con este uso, como lo hacía siempre; pero al fin de esta segunda cena, instituyó el Sacramento, hizo la cena eucarística, y dió á sus apóstoles un pan, un vino, una vianda sagrada que su poder y su amor acababan de preparar, ante los ojos admirados de sus discípulos.

“Para distinguirlas, dice el P. Tesnière,¹ llama-

¹ Predic. Euc.

remos Pascua, á la primera; comida ordinaria, á la segunda, y última cena, á la tercera, y referiremos las circunstancias de la Pascua, que nos harán entender mejor lo que pasó en la última cena.

“Llegada la hora, dice San Lucas,¹ esto es, puesto ya el sol, y entre dos luces, como se explica el anotador de las santas escrituras; púsose á la mesa con los doce apóstoles.”

Los judíos celebraron la primera pascua, en Egipto, de pie, ceñidos los riñones y con el báculo en la mano.

Estaban de viaje.

Pero al poner sus piés en la tierra prometida, dejaron de ser viajeros.

Desde entonces, comían el cordero sentados á la mesa.

Cuando se introdujo el uso de los divanes ó *triclinia*, se servían de ellos para la cena del cordero, como para cualesquiera otra comida ó convite ordinario.

Así es que, propiamente hablando, dice el P. Tesnière, Jesús y sus apóstoles no se pusieron ó sentaron á la mesa, sino que se recostaron, por-

¹ XXII.—14.

que los *triclinia* eran unos pequeños lechos ó divanes muy bajos é inclinados, sobre los cuales se tendía una persona para comer.

Cada divan estaba hecho para tres personas: se ponían junto á la mesa: el brazo izquierdo se apoyaba sobre un cojín, la mano derecha quedaba libre y los piés descansaban, por la parte de atrás, sobre el suelo.

Pedro y Juan tomaron lugar en el *triclinium* del Salvador, aquel á la izquierda y éste á la derecha.

Pedro ocupaba, como siempre, el lugar de honor, porque entre los judíos, el primer lugar quedaba á la izquierda, es decir, á la cabeza del que presidía, quien se colocaba en el centro de la mesa.

Juan estaba en mejores condiciones para hablar con su Maestro adorado: estaba al lado derecho, y su cabeza, por lo mismo, quedaba junto al pecho de Jesucristo.

A la cabeza ó á la izquierda de Pedro, estaba Andrés y seguían hacia este lado, Felipe, Bartolomé, Tomás y Mateo.

A la derecha, cerca del pecho de Juan, su hermano Santiago, y en seguida, Santiago el menor, Tadeo, Simón y Júdas Iscariote.

Cada uno ocupaba el lugar que le correspondía, por su antigüedad en el apostolado y por sus relaciones más ó menos íntimas con el Salvador.

Los apóstoles estaban colocados en semicírculo al rededor de Jesús: la mesa tenía la forma de herradura y el lado interior quedaba libre para el servicio.

Así dispuestos los lugares, comenzó la cena pascual, observando en ella Jesucristo todas las prescripciones de la ley de Moisés.

Cuando los judíos comían la pascua, dice el Dr. Sepp, el dueño de la casa se levantaba, tomando con la mano derecha una copa llena de vino rojo, recuerdo de la sangre egipcia derramada el día de su libertad, y pronunciaba la bendición en estos términos: "Este es el signo de nuestra libertad y la memoria de nuestra salida de Egipto. Bendito sea el Señor que ha creado el fruto de la vid."

Después bebía del vino contenido en la copa y la pasaba á los demás convidados.

Al comenzar esta cena ó comida legal, dijo el Salvador á sus apóstoles: "Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros, antes de mi pasión; porque yo os digo, que ya no la comeré otra vez, hasta que tenga su cumplimiento en

el reino de Dios," es decir, ya no comeré con vosotros para satisfacer las necesidades de mi cuerpo pasible y mortal, y en el reino de mi Padre nos saciará plenamente, la perfección de lo que esta cena figura y anuncia.

Y, en efecto, Jesús no volvió á cenar más: después de su resurrección parece que comía, pero, en verdad, no era así, porque su cuerpo impasible no necesitaba del alimento material, que se corrompe, para vivir y sostenerse.

Después, Jesucristo, según el rito de los judíos, tomó la copa llena de vino rojo, puso en ella sus labios y la pasó á sus discípulos, diciendo estas palabras, cuyo sentido es el mismo que el de las que acaban de recordarse: "Tomad y distribuidlo entre vosotros, porque os aseguro que ya no beberé del zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios." "Y entonces, lo beberé en su tipo eterno, es decir, que yo y mis elegidos nos embriagaremos en el cáliz de las delicias sin mezcla, en el seno de Dios." ¹

Este primer acto del convite pascual se llamaba *Eulogia*, bendición: y el cordero sacramental

¹ Tesnière. Predic. Enc.

llevaba el nombre de *Eucaristia*, ó acción de gracias.

Después de la bendición de la copa, el que presidía, tomaba, según el precepto de la ley, lechugas silvestres que empapaba en una tasa de vinagre y agua salada, puesta sobre la mesa, para recordar á los asistentes las lágrimas derramadas por sus padres, durante la cautividad; y levantándolas con la mano derecha, decía: "Comemos estas yerbas amargas en recuerdo de la amargura con que Egipto llenó la vida de los Israelitas, nuestros abuelos." Tomaba, entonces, dice el Talmud, una porción del tamaño de una aceituna, de este áspero alimento, y todos los convidados lo imitaban.

Se servía en seguida una nueva copa de vino, dos panes ázimos y el cordero pascual. El padre de familia, tomando el pan, lo levantaba, diciendo: "Comamos este pan sin levadura en memoria de que nuestros padres en Egipto, no tuvieron tiempo, en el día en que salieron de aquella región que los tenía cautivos, para que fermentara la masa. Alabemos, pues, al Señor. Decid: alleluia: servidores de Dios, alabad al Señor."

Los asistentes recitaban, entonces, el Sal-